

IMÁGENES INDIRECTAS. LA CRISTIANDAD Y EL ISLAM EN LOS INTERROGATORIOS A CAUTIVOS*

Juan Francisco Pardo Molero

Universitat de València

La pequeña población que nombran el Col y la boca de un río que allí entra en el dicho mar Mediterráneo dividiendo el reino de Tremecén del de Túnez, están en el meridiano de la villa de Niza del ducado de Saboya. Y a continuación del Col, a poniente, el primer lugar que en la dicha costa se le sigue se nombra Gixar o Chichar, que está frontero de Tolón, de la misma costa de Francia. La fuerza de Bugía, más a poniente de Gixar está en la igualdad de Narbona; Tedelez, entre Bugía y Argel, está en la de Rosas, costa de Cataluña; y la famosa ladronera de Argel está en el paraje de Barcelona. Sargel, más a poniente de Argel, está en el de Tortosa; Valencia en el de Briscar, inmediata población del reino de Tremecén, como es dicho. La de Ténez está frontero de Denia, Alicante, en el de Mostagán. Guardamar, boca del río de Segura, extremo de los reinos de Valencia y Murcia, está en el de Arceo; Orán y Mazalquivir están fronteros de Cartagena, a menos distancia de mar que los demás referidos lugares (Suárez, 2005, 83-84).

La precisa descripción de los confines entre África y Europa realizada por Diego Suárez Monateñés ya en el siglo XVII no sólo recuerda la condición de frontera entre España y Berbería, sino que también, al recorrer los accidentes geográficos, como sierras o ríos, o las ciudades, presenta paralelismos entre los dos lados del mar interior. Por ejemplo, las montañas y sierras de Tremecén “prolongan y se extienden” del mismo modo que las de España (Suárez, 2005, 85-86). Ese reflejo aproximado ofrecido por la geografía había de significar afinidad de ánimos, presentada contradictoriamente con otras razones sobre conflicto cultural, religioso y militar (Bunes, 1989, 30-66). Del mismo modo los testimonios de los cristianos que habían sufrido cautiverio en aquellas ciudades norteafricanas, al

* Este trabajo se inserta en el proyecto de investigación del MEC “El Reino de Valencia en el marco de una Monarquía Compuesta: un modelo de gobierno y sociedad desde una perspectiva comparada”, Código HUM 2005-05354, financiado con fondos FEDER.

tiempo que marcan distancias entre la Cristiandad y el Islam, también proponen imágenes, en las que junto al prejuicio o la intención política y estratégica se advina el reflejo de un mundo en el otro; la enemistad religiosa y la guerra no sólo generan tópicos de odio y exclusión, sino también una especie de emulación que, para superar al rival, lo asimila y lo hace propio.

Hace algunos años las increíbles historias de los *renegados* contadas por los Bennassar proporcionaron una visión inédita de las relaciones entre la Cristiandad y el Islam, en cuyos intersticios había espacio sobrado para vidas aventureras y trayectorias de ida y vuelta con final no siempre trágico (Bennassar y Bennassar, 1989, *passim*). Pero no sólo los renegados franquearon los límites entre las dos civilizaciones y volvieron para contarlo. Centenares de personas, de ambos lados, sobrevivieron a la traumática experiencia del cautiverio sin abandonar su fe, y no pocos de ellos dieron a otros testimonios de su periplo. Naturalmente en esos testimonios no interesaban tanto las vicisitudes espirituales de los cautivos como otro tipo de informaciones, que los interlocutores, magistrados civiles en este caso, recogían con sumo cuidado, dado el interés que podían tener para la estrategia y la política militar de la Monarquía. Muchos de los cautivos vueltos de manos de los turcos, especialmente cuando su regreso se hacía al margen de las órdenes rescataadoras, la Trinidad y la Merced (para cuyas gestiones véase Martínez Torres, 2004), eran de ordinario interrogados según un cuestionario estándar, que se interesaba por la ruta que había seguido el cautivo hasta recobrar la libertad (muchas veces al escaparse de la galera en que remaba), por la capacidad e intenciones de la escuadra en que había servido, y, más en general, por la capacidad naval de Argel o las posibilidades defensivas de la ciudad y por sus contactos con el Imperio otomano. Gracias a la información suministrada por el ex cautivo el juez civil reunía datos sobre los planes y la potencia militar de los enemigos del emperador y de la fe católica. Con esos datos se confeccionaban informes que luego se remitían al Gobierno de la Monarquía con la intención no sólo de proporcionar adecuada información sino sobre todo de llamar la atención sobre la indefensión de las plazas de África o de las costas de España. Incluso la mera transcripción del interrogatorio, con preguntas bien escogidas y respuestas interesadas, por sí misma podía bastar para alertar al destinatario, siempre que este se dejase alertar. Porque estos testimonios pasan rápidamente a integrarse en el copioso flujo de avisos que circulaba por las rutas navales y terrestres de la Monarquía y que confluye siempre en la Corte. En todos los avisos, junto a la aparentemente neutra finalidad de mantener informado al Gobierno imperial, asomaba también el deseo de influir en los ánimos regios o ministeriales y condicionar la elaboración de la política exterior.

Detrás de este cruce de intenciones, en el que el cautivo trata de satisfacer la sed de conocimientos de las autoridades cristianas, se deslizan a veces otros detalles; muy poco sobre la peripecia personal, en primera persona, del cautivo; algo más (no mucho) sobre aspectos generales del vivir en las ciudades y escuadras escenario del cautiverio. Aprendemos algo sobre la moral de los cautivos, que oscila entre las esperanzas de una próxima victoria militar cristiana, que libere a los es-

clavos de los infieles, y la desesperación, unida siempre a la tentación de renegar la fe. O sobre las actividades económicas en la ciudad de reclusión, especialmente Argel, máxime si esas actividades están relacionadas con la guerra. O, de una manera más sutil, acerca de la imagen de los reyes, emperadores, militares y ministros de ambos lados, de la idea que unos y otros tienen de Carlos V, Solimán o Barbarroja, cómo se transmite y cómo se refleja en el contrario, hasta acabar constituyendo patrones más o menos fijos. La intención sigue siendo transparente: dar idea de estados de ánimo, de posibilidades económicas, de capacidades del enemigo que hay que destruir o incorporar, etc., pero la fijación del tópico no deja de ser menos cierta.

Lo corrobora el contenido de otras fuentes que abundan en las mismas ideas y participan de las mismas intenciones. Para empezar los otros avisos, de los que también veremos alguna muestra, y que vienen de fuentes muy diversas: de la correspondencia de particulares, sobre todo de mercaderes, de la que se suelen extraer capítulos de relieve estratégico, con noticias sobre el Turco, Barbarroja o los demás corsarios otomanos; de las confesiones de los cautivos musulmanes, de los apresados por los cristianos, ya sea en el norte de África o en las costas españolas; cautivos a los que se somete a un interrogatorio similar al que hemos visto; o, con toda intención, de las informaciones reservadas transmitidas por espías, agentes muchas veces de fidelidad dudosa (Suárez, 2005, 152-153), limitados a acciones breves, o bien tenaces informadores que, a su vez, cuentan con fuentes veraces, que remiten constantemente relaciones de las fuerzas y plazas enemigas¹. Otro tanto puede decirse de la correspondencia oficial que a veces se nutre de las informaciones que acabamos de enumerar, y que transmite sus intereses de intervención o de apoyo militar o naval con todo descaro: gobernadores, virreyes, magistrados municipales, visitadores, etc., se hacen portavoces de la conveniencia estratégica local y la hacen llegar a la Corona. Finalmente las crónicas, algunas veces con una similitud en el fondo y en la forma con los papeles de avisos que no debe sorprender: no sólo porque el cronista maneje aquellos papeles para escribir los suyos, sino también porque en muchos casos ha participado de ese mundo de noticias y alertas. Las crónicas, aparentemente de intención más compleja que la correspondencia, pueden proporcionar algunas claves para los avisos, pero encaminadas como están a enaltecer una “nación”, un estamento o institución, o una persona, pierden parte de la confluencia de intereses que aún subsiste en el documento de aviso (al tiempo que incorporan otros nuevos): el reflejo de una historia real, la intención de quien lo transmite, la de quien lo hace copiar y reenviar, el interés de la Monarquía etc. Son más bien los intereses cruzados de los papeles los que nos dan las claves de lectura de las crónicas.

¹ Recientemente M^a José Bertomeu mediante la publicación de la correspondencia de uno de estos agentes, el dalmata Jerónimo Bucchia, con Antonio Perrenot de Granvela, ha desvelado una de estas redes de espionaje (Bertomeu, 2006). Véase también Sola, 2005.

La cronología de los informes que vamos a estudiar aquí no es casual. La década de 1530 constituye el período culminante de la rivalidad entre Carlos V y Solimán el Magnífico, con las figuras de Doria, Álvaro de Bazán, Barbarroja, Salah Rais etc. en su apogeo. La década que media entre las dos derrotas hispanas de Argel (1529 y 1541) fue un tiempo de máxima tensión hispano-turca, al que, además, se suma Francisco I en 1536. La guerra estiliza las imágenes, pero, a la vez, vuelve más claros los reflejos y aviva el sentido de la emulación. Se trata además de un período en el que la información disponible sobre los turcos en los libros impresos o manuscritos de cierta difusión en España está todavía bastante limitada, y oscila entre la recepción parcial del reconocimiento europeo y la fantasía. Pero también se empieza a tomar conciencia de esa limitación, de la que se hace eco, por ejemplo, Antonio de Guevara, se prepara la aparición de obras de cierto rigor, al tiempo que empieza, siquiera sea episódica o tangencialmente, a irrumpir el “tema turco” en la literatura de ficción (Mas, 1967, I, 17-57). Un conocimiento estimulado por el conflicto militar y que aparece primero en la forma de avisos y relaciones muy vinculados al espionaje y al cautiverio.

GRANDEZA, DISIMULACIÓN Y MIEDO

En enero de 1536, meses después de que Carlos V obtuviese una de sus más celebradas victorias, la conquista de Túnez, Jairedín Barbarroja, el corsario contra el que se había lanzado la campaña imperial, entraba sano y salvo en Constantinopla al frente de sus galeras. Pedro de Vergara, cautivo que iba en aquella escuadra, recordó poco después que aquel día de enero “la ciudad de Constantinopla hizo gran fiesta y alegría loando al dicho Barbarroja que había hecho gran cosa en se haver escapado de las manos de tan gran señor”². La consideración del emperador como “gran señor” la había retenido el cautivo cristiano como la justificación de los festejos públicos en la capital otomana y la supo traer a colación en el momento oportuno. Su trayectoria personal no le dejaba demasiado espacio a la improvisación. Debía justificar su pasado, proporcionar información útil y, en la medida de lo posible, regalar los oídos de los pesquisadores del rey que le interrogaban. Cuando le preguntaron cómo había ido a parar a Constantinopla, se apresuró a decir que había pasado más de seis años en cautiverio desde que lo hiciese preso el famoso corsario Cachadiablo cuando echó a pique las Galeras de España (hecho que tuvo lugar en 1529: López de Gómara, 1853, 396-399; Pardo, 2001, 242-248): “Preguntado cómo y cuándo y de qué manera fue a Constantinopla, dize que siendo tomado preso en las galeras de Barbarroja por esclavo, sobre las galeras de Portuondo”. Cuando Carlos V tomó Túnez, Vergara estaba en Bona, y de allí se lo llevaron a Argel, donde Barbarroja, con quince galeras, cargó sus cosas y se juntó

² Archivo General de Simancas, AGS en adelante, Estado, Costas de África y Levante, 466, “Razón del dicho y deposición de Pedro de Vergara, spañol, que se le preguntó a XX de marzo de MDXXXVI en Lete”.

con las escuadras de los corsarios que allí había, El Judío y Salah Rais. Como es bien sabido, atacaron y saquearon Mahón poniendo en evidencia la estrategia imperial (Juan, 2001, 550-554); de ahí, y por etapas, pasando por Monastir, Quíos y Mitilene, fueron a Levante, y avisaron al hijo de Solimán para que autorizase su entrada en Constantinopla. La narración de Vergara dice:

Después de la tomada de Túnez (...) fueron a Argel con XV galeras y cargaron la ropa y artillería que tenía el dicho Barbarroja en Argel y así cargado, juntamente con otras galeras que estaban en Argel con El Judío y el capitán Salla Rais vinieron en Menorca con las banderas de la Cesárea Magestad y tomaron y saquearon la isla, y de allí partieron con todas las dichas galeras, y navegando tomaron agua al Monasterio, y otra vez tomaron agua allí cerca y navegando desde allí fueron a Quío y de Quío a Metelene, donde estuvieron por XV días hasta tanto que embió avisar el hijo del Gran Turco que él quedava en una ciudad nombrada Oxia, martítima, y tornando por el puerto hordenó que fuesen a Constantinopla, y así partieron con la dicha armada y entraron en Constantinopla el mes de henero próximo pasado.

El relato de las gestas de Barbarroja hecho por alguien que lo vivió tan de cerca, amarrado al banco de una de sus galeras, podía molestar a los agentes imperiales que le tomaban declaración, pero la noticia de que en Constantinopla valoraban la importancia de su señor compensaba la posible irritación. En el fondo, Vergara equiparaba un enemigo con otro; las fiestas celebradas en la capital del Imperio otomano ponían a Carlos V, “gran señor”, al nivel de Solimán, del “Gran Turco”. Era la idea que los que vivían en las fronteras del imperio carolino en el Mediterráneo trataban de recalcar una y otra vez: la verdadera lucha en la que debía empeñarse el emperador era la cruzada contra el Turco, la más justa y la que le procuraría gloria de monarca universal. Así se afirmaba por las autoridades de los territorios acosados por el corsarismo otomano (Pardo, 2001, 278-279), y también por los agentes del César ocupados en los vericuetos de la diplomacia y el espionaje imperial. Lo sostenía uno de los más afamados espías de Carlos V, el dalmata Jerónimo Bucchia, cuando proponía planes grandiosos para la reconquista de Constantinopla, a la que consideraba *la vera sedia deli imperi* (Bertomeu, 2006, 169). Tópico de “los dos grandes” que subsiste en el siglo XVII (Mas, 1967, II, 153-164). Solimán y Carlos V eran emperadores enfrentados en una lucha entre iguales.

La reputación de la lucha por la hegemonía se trasladaba a otros niveles del imperio. El virrey de Valencia cuando informó sobre los estragos que causaba una escuadra corsaria en la costa del reino, en el verano de 1538, dijo que el capitán que la mandaba era algo así como “visorey de Alger”, con lo que, implícitamente, lo colocaba a su altura. No es raro, pues, que cuando aquella flota atacó Villajoyosa, el virrey se empeñase en acudir personalmente al socorro: había encontrado un enemigo de su talla (Pardo, 2001, 318-320). Pero si la guerra podía ser entre igua-

les, los prejuicios no dejaban de asomar. Primero porque la gloria y la riqueza que se podían obtener en aquellas fronteras del Mediterráneo no era demasiada. Acremente lo confesaba Perafán de Ribera, quien recordaba en 1534, en carta a Carlos V, “que Bugía no es el Perú, donde hay oro y perlas en las cabalgadas; aquí no hay sino turcos y moros” (Zavala, 1885, 187). Y, segundo, porque la condición moral de los musulmanes, sean “turcos” o sean “moros”, no dejaba tarde o temprano de asomar.

Indudablemente los turcos no son de fiar, y no sólo para los cristianos, sus enemigos naturales, sino también para sus correligionarios. Falsedad y traición se encuentran entre las largas listas de defectos que los autores cristianos más adelante atribuirán a los moros y turcos (Bunes, 1989, 232-236). La ocultación o la mentira descarada pueden ser empleadas por las autoridades otomanas con el fin de dar una imagen de seguridad y grandeza, que, en ocasiones, según juzgan los cristianos, está muy alejada de la realidad. Pedro Vergara, en su relación, pese a la implícita equiparación entre Solimán y Carlos V, acusa al primero de no dudar en propagar noticias falsas para contentar a sus súbditos y hacer pasar derrotas por victorias. Lo comprobó en primera persona, mientras permanecía en la capital otomana con la escuadra de Barbarroja:

Estando el dicho Barbarroja con la dicha armada en Constantinopla vino la persona del Gran Turco y Braín Baxá, con cerca de XM turcos de pie y de a cavallo, y entraron en Constantinopla a XXVI de henero con banderas desplegadas y diciendo que havían havido vitoria contra el Soffí; bien que quanto se entendía de secreto no era la verdad, y después vino nueva a Constantinopla que el Sofí havía recobrado y recobrava muy lindamente sus tierras (AGS, Estado, Costas de África y Levante, 466).

El triunfo fingido por Solimán y el gran visir Ibrahim no sólo servía en el discurso de Vergara, y en las intenciones de quien lo hizo recoger, para apuntar la perfidia de los turcos, empezando por el sultán, sino también para mostrar su correlato: la vulnerabilidad de los enemigos de la Cristiandad. En el mismo sentido se entienden las noticias recogidas por el oficial que visitó Bugía dos años después. Un cautivo “que vino de Alger ha dos meses” había relatado el mal estado de defensa en que se encontraba esta última ciudad, y cómo Barbarroja la había dejado prácticamente desamparada, poniendo al frente de la misma a un criado suyo renegado, Hasán Aga, el cual perdía día a día sus soldados, de miedo que tenían frente al posible ataque de Carlos V. Como único recurso para mantener la tranquilidad de los habitantes, Hasán Aga “les finge muchas vezes nuevas y mensajeros de prosperidades y venidas de Barbarroja, de quien no se avían sabido ny oído nuevas verdaderas”³.

La falsedad va unida a la vulnerabilidad, porque refleja el miedo. Ésa es la conclusión que podría extraerse de lo dicho por Juan de Fonte, un cautivo panor-

³ *Ib.*, 463, s.f., Bugía, 22 de junio de 1536.

mitano que había permanecido en Argel, al servicio de un sobrino de Barbarroja durante varios meses. Últimamente lo habían amarrado al remo de una de las galeotas de la escuadra de Salah Rais. Su fuga fue posible cuando, estando la armada cerca de Cartagena, se libró de los grillos gracias a una lima que tenía escondida en los calzones y nadó hasta la ciudad cristiana⁴. Los jueces, después de hacerle las preguntas de rigor sobre el recorrido de la escuadra y las fuerzas de los turcos, no resistieron la tentación de preguntarle si en Argel “ay nueva de la fuga del Gran Turco”; se referían, claro está, a la retirada del ejército de Solimán del sitio de Viena en 1532, un triunfo tan celebrado por la propaganda imperial que despertaba en los oficiales de Carlos V el deseo de saber cómo lo habían encajado los enemigos. La respuesta de Fonte no debió de defraudarles: “Dixo que entre los christianos se dezía cómo avía sydo e que Barbarroxa e los turcos lo desymulavan, e que estavan muy tristes; e que se sabía la vitoria que Andrea Doria avía ovido en Corón y los otros lugares”. Esas victorias podían infundir temor en el ánimo de Barbarroja; precisamente Fonte afirmó que hacía poco que el corsario había hecho las paces con todos los poderes locales del entorno de Argel, y, añadía, “oyó dezir que lo hazía por miedo de los christianos” (AGS, Estado, Costas de Africa y Levante, 461, ff. 126-127). Un miedo del que no escapa Solimán, según relata el enterado Pedro de Vergara:

Finalmente el dicho Pedro de Bergara refiere y afirma que el Gran Turco se fortifica en Constantinopla por el gran miedo que tiene que el emperador vaya a combatirlo, y tiene gran sospecha a los christianos griegos questán en Constantinopla, y no save qué se hazer y está confuso, de manera que no determina hazer salir la dicha armada de Constantinopla, aunque la aya puesto en horden, hasta que sea certificado que el emperador no va allá a combatirla (AGS, Estado, Costas de Africa y Levante, 466, s.f.).

El miedo hace vulnerable al enemigo y preludia la derrota, tema que Garcilaso acababa por entonces de poner en relación con los turcos (Égloga II, 1.638 y ss.; comentado en Mas, 1967, I, 38). En este caso contado por Vergara el atenazamiento que provoca el miedo se traduce en confusión e indeterminación, que afectan a la estrategia de Solimán. La transmisión de esta noticia incitaba a proseguir la cruzada contra el Turco, pero, consciente o inconscientemente, parecía hacerse eco del desconcierto que provocaba en los presidios del norte de África o en la costa española la falta de continuidad del esfuerzo militar carolino en aquella guerra. El miedo, además, generaba ese desconcierto hacia los cristianos: Solimán, dice el

⁴ Según relató a quienes le tomaron declaración en Cartagena el 19 de enero de 1533: “Preguntado que cómo se salió y a qué ora, dixo que esta noche pasada, con un pedacio de lima que a muchos días que lo tiene guardado en la vayna de los calçones, e limó la chaveta de los grillos, e una ora antes que saliese la luna se echó en la mar e se vino a esta cibdad sin ser sentido de los turcos”: *ib.*, 461, ff. 126-127.

cautivo Vergara, no sabía qué hacer con los cristianos griegos, potenciales aliados de Carlos V, como a éste le sugerían sus espías (Bertomeu, 2006, *passim*). Naturalmente era un miedo que, como las derrotas, se intenta disimular, aparentando seguridad y confianza en las propias fuerzas, aunque sin dejar de caer en contradicciones; como la que se refleja en la actitud de Barbarroja transmitida por informadores anónimos desde Constantinopla, en 1535, cuando está a punto de desencadenarse la ofensiva de Carlos V sobre Túnez: “Barvarosa embiava a dezir que estava fuerte y sin temor de cosa alguna, pero pedía socorro”⁵.

DE LA ESPERANZA A LA DESESPERACIÓN

Frente al temor y la confusión de los turcos, la actitud que se trata de reflejar en los cautivos es la de esperanza, cierta pero en grave riesgo de decaer. Lo vuelve a transmitir el visitador de Bugía, haciéndose eco de aquel cautivo cristiano, el cual afirmaba

que se creía y tenía por cierto entre los cativos cristianos que abía, que viniendo armada sobre Alger que no pondrían los turcos y moros en defensa, y que la dexarían luego por las razones dichas, y que así lo devió presuponer Barbarroja quando se fue y llevó lo que tenía, sin dexar allý persona de confiança ni cabdillo guerrero, porque no lo es aquel renegado ny tiene partes para seello (AGS, Estado, Costas de Africa y Levante, 463, s.f.).

Pero la pérdida de la esperanza era un peligro cercano, ligado al de renegar, como se recoge en la relación de la declaración de cautivo también recién salido de Argel:

Dize que fue tan grande la desesperación de los christianos quando supieron que la armada que Vuestra Majestad hazía çessava por causa de la muerte de la enpe-ratrís, mi señora, que se tornaron muchos moros, y que si dieran licencia a todos los que querían renegar la fee, que fueran más de la meytad, y que todos están esperando a ver qué se haze el verano que viene, y que si Dios y Su Magestad no lo remedian, que la mayor parte se tornarán moros, porque los tratan muy bien a los que reniegan la fee, y que tienen grand provecho de las cavalgadas que hazen, y son muy mal tractados los que están en la fee de Jhesu Christo como deven⁶.

En esta estrategia de desgaste de moral, en la que no se vacila en presentar informaciones fuera de razón, el rumor provocativo, difundido con o sin intención, también tiene su lugar. Por el contenido de ciertas cartas remitidas desde Constan-

⁵ *Ib.*, 462, s.f.: “Por letras de Constantinopla hasta de XVIII de junio 1535”.

⁶ *Ib.*, 467, f. 13, “Las nuevas que dize de Argel un christiano que de allí salió de cautivo quinze días ha”, Orán, 22 de septiembre de 1539, remitidas por el conde de Alcaudete.

tinopla se pasó el aviso a propósito de algunas intenciones de Solimán: “Havía dicho el Turco que enbiaría CLM *alcanzis* a daño de cristianos”, pero no se aclaraba a dónde iba dirigida aquella fuerza (“no dizen a qué parte”); en consecuencia, la noticia se clasificó como de poco fiar, incluso como chanza, no sabemos si del propio sultán otomano, de quien hizo correr el rumor o del autor de la carta. Desestimar la noticia no se debía sólo a la falta de concreción de la supuesta ofensiva, sino sobre todo a la inconsistencia del pretendido ejército: los *akincis* (“alcanzis” en el aviso) eran una especie de caballería poco regular, heredera de los antiguos nómadas turcomanos, que solía integrar la vanguardia del ejército otomano, no cobraba del Tesoro imperial, sino que sólo recibía su compensación mediante el botín, y eran más aptos para incursiones de destrucción y saqueo o expediciones de castigo que para actuar por sí solos en una campaña importante; además el número que les atribuye el informante no se compadece con los contingentes que tenían los *akincis* en esa época, sin duda mucho menores (Beldiceanu, 1989, 130; Veinstein, 1989, 2001, 30; Imber, 2002, 260-265): “Esto se tiene por burla, máxime por ser los alcanzis la más vil gente del Turco”, era la conclusión. Tal falta de seriedad podía afectar al resto de noticias que se incluían en el mismo informe, transmitidas por la misma fuente, cuya fiabilidad quedaba en entredicho. Las mismas cartas constantinopolitanas nos dicen que Solimán “havía determinado (...) de ruinar el Sancto Sepuclcro de Jerusalem y hazer allí un cerrallo, por evitar que no vayan allí más christianos a causa que ha sentido que, con escusa de yr allí, van por espías”. La intención del sultán no podía ser más escandalosa para oídos cristianos. Tampoco era muy piadosa para un musulmán, aunque la razón esgrimida no carecía de lógica, por las consecuencias nefastas que la circulación de espías cristianos por el Imperio otomano podía tener para la estrategia de la guerra santa. Pero más que eso, lo que asoma detrás de las ideas atribuidas a Solimán es el deseo de mantener a toda costa el prestigio, pues lo que habían hecho esos supuestos espías disfrazados de peregrinos era propagar las noticias de las derrotas sufridas a manos de los persas⁷.

Entre los turcos la desconfianza hacia los cristianos o incluso hacia los renegados o tornadizos, quienes por alguna razón se habían hecho cristianos pero luego habían vuelto al islam (llamados *elches*), podía ser más o menos grande, pero sobre todo estallaba en momentos de especial peligro. O, al menos, era subrayada por los informadores cristianos para sensibilizar conciencias. Por ejemplo, en 1535 los corresponsales de Constantinopla se refieren abiertamente al estado de subyugación en que se encuentran los cristianos allí; es más, se relata en comparación con la actitud de los enviados del rey de Francia. Llegado allí Jean de La Fôret, embajador de Francisco I, el 13 de junio de 1535, anunció su deseo de ser recibido por Solimán, pero este se encontraba en plena campaña contra los persas y

⁷ “Han publicado [los espías cristianos] que ha recebido [Solimán] muchos daños del Sophi”: *ib.*, 466, s.f.: “Por cartas de Constantinopla de X hasta XXVII de febrero MDXXXVI”.

no volvería hasta octubre. La Fôret prefirió esperar, pero no quiso estar en la ciudad, sino fuera de la misma por no padecer la “sugestión que están los christianos en Constantinopla”. Una sujeción que incluso podía degenerar en cualquier altercado, especialmente con los jenizaros, “de los cuales –dice el mismo informante– temían mucho en Constantinópolis y en Pera que un día matasen y saqueasen los christianos”. Para evitarlo, Solimán envió un capitán a fin de que los tuviese en orden, lo cual había surtido su efecto: “con la venida deste capitán se avían asegurado los christianos y atendían a sus negocios”⁸. Se percibe el reflejo de las situaciones de peligro que atravesaban las morerías en reinos como Aragón, Valencia o Granada, ante la presencia de tropas mal pagadas y propensas a los saqueos. Pero también se vislumbra el reconocimiento de la eficacia de la disciplina, administrada por oficiales competentes, entre la infantería otomana, un campo en el que los ejércitos cristianos, y particularmente los Tercios españoles, aspiraban a sobresalir. También la actitud hacia los conversos vueltos al islam podía peligrar en momentos delicados. Así lo refleja un aviso enviado desde Orán que incluye noticias de Barbarroja, transmitidas por un cautivo genovés preso en Benarax, que escribe el 26 de septiembre de 1535 a un mercader de Orán y le cuenta lo que a él, a su vez, le ha contado un cautivo de Argel: “Que Barbarroxa avrá ocho días que a cortado las cabeças a los alcaydes elches, diziendo que se carteavan con los christianos, y de todos los navíos que toma de christianos también luego le manda matar”. La descripción de la desaforada actuación del corsario se incardina en los intereses estratégicos del gobernador de Orán, deseoso de que el emperador mantuviese su presión sobre Barbarroja. La actitud de éste se explica por la derrota sufrida ese verano en Túnez, que habría demostrado su vulnerabilidad. Sin embargo esa victoria imperial no se había completado con un golpe sobre Argel. Antes al contrario, quien parecía más amenazador era el corsario turco, que no sólo acababa de saquear Mahón, sino que se preparaba, según las noticias que tenía el gobernador de Orán, para mayores golpes. De hecho el motivo principal de la carta del cautivo genovés al mercader oraní era hacer llegar un aviso urgente: “Aviso a vuestra merced que vaya donde está su señoría y le dé aviso cómo Barbarroxa a traydo de la ysla de Menorca IIMD ánimas, y que arma otra vez los navíos, y dizen que an de dar sobre Cáliz con treynta y çinco velas, por eso no dexe su señoría de dar aviso, porque no aya más daño de lo echo”. La noticia la confirmaba otra carta, remitida por un judío, Isaac Ternero, que escribía también desde Benarax por las mismas fechas, y que afirmaba que “Barbarroxa, después que saqueó a Menorca, está armado para entrar en la mar, y echa fama que va a Almaçarquivir, y creo que más cierto es para Cáliz”⁹.

⁸ “Por letras de Constantinopla hasta de XVIII de junio 1535”, *ib.*, 462, s.f.

⁹ Ambos avisos (“Nuevas de Barbarroxa por una carta de Ysaque Ternero, judío que escribe de Benaraz a postrero de setiembre al conde de Alcabdete” y “Una carta que escribió un jinovés que está cautivo en Benarax a un mercader de Orán a veinteyseis de setiembre”) se incluyeron en el mismo informe, *ib.*, 462, s.f. Sobre los judíos de Orán, Schaub, 1999.

COMERCIO CON EL INFIEL

Este juego complicado de amenazas mutuas, en que se intenta comunicar la idea de que el rival se encuentra en situación delicada, sin por ello hacer creer que uno mismo está en posición más favorable o menos expuesto a los ataques enemigos, no excluye, paradójicamente, la posibilidad de realizar un comercio lucrativo. Una serie de noticias proporcionadas esta vez por un cautivo de los cristianos, un espía que habían tratado de introducir los turcos en Orán, así lo pone de manifiesto. Su declaración no tarda en detenerse en los tratos que sostienen franceses y turcos, que van más allá de lo militar y que desvelan amplias posibilidades de intercambio comercial:

Puede aver –dice el espía capturado– tres meses que fue a Arjel una nao de dos gavias de França que llevó paños y vino y sal y canela, y que agora está cargando esta nao para llevar a França cera y lino y lana y que oyó dezir en Arjel que avía de bolver luego y traer armas de França y que quedó en Arjel un mercader a esperar que bolviesse la nao, que cree que se llama Juanes¹⁰.

Al margen de la relevancia militar de la información relativa al abastecimiento de armas, mercancías consideradas *merces prohibitae*, esto es, cuya venta a los musulmanes estaba estrictamente prohibida por la legislación canónica (Agoston, 2005, 91-93), a las autoridades de Orán no les pasan desapercibidas las posibilidades de negocio que reflejan las declaraciones citadas. No es de extrañar, por tanto, lo que afirmó años después, el cautivo que acababa de salir de Argel en 1539, para el cual “es tan grande la riqueza de aquella çibdad que no se puede creer”. Ahora bien, el mismo cautivo no duda en condenar enérgicamente el tráfico de los cristianos con Argel:

Dize que los navíos que van con mercaderías mereçían ser quemados con sus dueños dentro, porque demás del dapno que hazen a los christianos que no son conoçidos en avisar de lo que valen, dan avisos de quanto en España se haze y de las Galeras y de todas las cosas que se tractan y de los navíos que se cargan para otras partes y de la gente que va en ellos, a cuya causa hazen más entradas de las que harían y muy a su salvo, y que ha aconçeido dar aviso mercaderes de los navíos que se cargavan en España de çiertas mercaderías con condiçion que

¹⁰ “Lo que dixo el negro que salió de las galeotas por espía es lo siguiente”: *ib.*, 463, f. 45. No sería muy frecuente, al menos en épocas posteriores, el descubrimiento por parte de las autoridades oraníes de estos espías, en particular de los enviados por Argel, según ha señalado Beatriz Alonso: “Por su parte, las autoridades de Argel también se las ingeniaban para introducir a sus espías en el doble presidio, y tanto debía ser el cuidado con que procedían a ello, que en ningún momento queda constancia de haberse descubierto quiénes hacían esta labor” (Alonso, 2000, p. 423).

se las dieseen a tal preçio si las tomasen, y conprar desta manera de los turcos la pressa y llevalla a vender a otra parte (AGS, Estado, Costas de Africa y Levante, 467, f. 13).

La frecuencia de viajes a Argel de mercaderes cristianos¹¹ era alta: con el pretexto de rescatar cautivos con dinero confiado por las familias de aquellos, no era raro que la Corona concediese licencias para pasar a Berbería. Es más, Barbarroja solía dar seguro a los mercaderes cristianos que iban a Argel, y hacía respetar enérgicamente ese seguro. Cuenta el cautivo siciliano Juan de Fonte que “a poco más de un mes que Barbarroxa ahorcó treynta e nueve turcos e uno que cortó la sogla El Judío, porque era su criado, e por razón los ahorcó, porque no guardaron un syguero de Barbarroxa a unos christianos que lo llevaban yendo a contractar en Argel con una caravela”¹². Las consecuencias podían ser graves, como hemos visto denunciar a otro cautivo, pero las expectativas de lucro no eran pocas.

Además de esa imagen de actividad comercial, las confesiones de cautivos y espías pueden presentar Argel y, en general, el mundo otomano como ejemplo de eficiencia industrial y logística. El mismo cautivo al que acabamos de ver enjuiciando las prácticas comerciales prestó durante su cautiverio una atención especial a los oficios relacionados con la industria naval; y esto no pasó desapercibido al conde de Alcaudete, que en su informe dirigido a la Corona incluyó el siguiente párrafo:

Dize que ay en Argel tres maestros prinçipales christianos y uno moro para hazer navíos; tiene XV o XX maestros daxe, tiene XXIII calafates o más y muchos remolares y muy grand diligencia en dar a estos aydantes que aprendan siempre; cordoneros para hazer xarcia tiene siete, que sienpre trabajan en su oficio, que ay doze herreros qu no çessan sienpre de hazer lavor, y quatro caldereros (AGS, Estado, Costas de Africa y Levante, 467, f. 13).

La insistencia del cautivo en la laboriosidad y en el interés por aprender los oficios pretende dar una imagen que redunde en la eficacia militar y organizativa de los enemigos de la fe. El mismo efecto tiene la declaración de un cautivo del otro lado. Se trata de Mohet Dui¹³, arráez de una galeota otomana. Fue capturado en el

¹¹ Aunque en el documento no se especifica que se trate de mercaderes cristianos la información que pasan a los turcos así lo da a entender. Las prácticas de rescate, incluyendo los llevados a cabo a través de mercaderes que hacían de intermediarios, con licencia real, y que aprovechaban para realizar tratos comerciales en Argel, fueron analizadas en un coloquio celebrado en Roma en enero de 2002, bajo el título de *Negotiations et transferts. Les intermédiaires dans l'échange et le rachat des captifs en Méditerranée (XVIe-XVIIe siècle)*; presentamos al mismo el trabajo titulado “Mercaderes, frailes, corsarios y cautivos. Intercambios entre el reino de Valencia y el norte de África”. Actualmente las actas están en prensa.

¹² AGS, Estado, Costas de África y Levante, 461, ff. 126-127.

¹³ O Diu o, más a la turca, Din: hemos optado por la lectura que más parece ajustarse a la grafía.

otoño de 1536, con su nave, por la escuadra de Álvaro de Bazán, cuando navegaba en compañía de las Galeras de Francia. Esta última circunstancia, como es natural, despertó el interés de los jueces, que quisieron saber todo lo que pudiese contarles el prisionero sobre los planes que hacían franceses y turcos. Entre otras cosas, Mohet Dui afirmó que Barbarroja había hecho llegar a Argel la noticia de que “el Turco fazía mil velas de armada para el verano que viene”. Incrédulos ante las cifras que esgrimía el marino, los jueces le encarecieron “otra vez que diga la verdad, porque no parece versemblante que el Turco pueda armar mil velas”, a lo que Mohet contestó con una pequeña exposición a propósito de las técnicas de reclutamiento del Imperio otomano: “El deposante respondió y dixo que sí podía, porque no pagaba a nadi el Turco, sino que pedía a cada señor o pueblo gente, a quien X, a quien XX, o más”. Esta simplificada definición del *devsirme* y demás métodos de reclutamiento otomanos no sólo servía para despejar las dudas de los jueces sino también para ofrecer una imagen de poderío sobre las gentes. En el fondo, de nuevo, vuelve a advertirse el deseo de emulación, y cómo se traslada hasta los cuadros militares del sultán. Se desprende de la declaración del prisionero, que se hace eco de las historias que circulaban por ahí a propósito de la rivalidad entre Carlos V y Solimán: “Se dixo –dice Mohet Dui– que el Turco havía preguntado a Barbarroja que cuántas velas havía llevado el emperador a Túnez, y que por haverle dicho que fue con seiscientas, él dixo que haría mil”¹⁴.

* * *

Hemos visto algunas de las ideas que en la década de 1530 menudean en los avisos procedentes de Argel o Constantinopla dirigidos a la Corona por los diferentes agentes imperiales. Más tarde también aparecerán en las obras de ficción o no ficción que aborden el “tema turco” o “moro”. Una imagen de rivalidad que, plagada de argumentos de diferencia y desprecio, en cierto modo, prolonga la “imagen en el espejo” propia de las crónicas medievales (Barkai, 1984). Pero encierra también la conciencia de la semejanza, la dignidad de la lucha con el infiel, la grandeza de los enemigos, las virtudes que se le reconocen, y que reflejan, en positivo o en negativo, las aspiraciones propias de grandeza y dignidad. En realidad, tal y como los hemos recogido, los testimonios de cautivos obedecen a una presentación de los hechos muy propia de la frontera y que se caracteriza por el difícil equilibrio entre el peligro y la seguridad, la alarma y la confianza. La manipulación más o menos sutil, encaminada a influir en el Gobierno, a que se sometía esta información, junto con la difusión que acababa dándose a estas noticias y avisos (por más que se transmitiesen como reservados) trascenderá a otros ámbitos literarios, librarios o documentales, e influirá en la formación de las ideas hispánicas sobre el mundo islámico. La visión característica de la frontera, moldeada por

¹⁴ AGS, Estado, Costas de África y Levante, 464, s.f., Palamós, 7 de diciembre de 1536.

el cautivo o el espía y por los oficiales de la Corona que le toman declaración y que remiten el correspondiente informe, acaba por reflejarse en las concepciones generales sobre el mundo que existe más allá de los límites geográficos, políticos o culturales.

BIBLIOGRAFÍA

- AGOSTON, G. (2005), *Guns for the Sultan. Military Power and the Weapons Industry in the Ottoman Empire*, Cambridge.
- ALONSO, B. (2000), *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*, Madrid.
- BARKAI, R. (1984), *Cristianos y musulmanes en la España medieval. (El enemigo en el espejo)*, Madrid.
- BELDICEANU, N. (1989), L'organisation de l'empire ottoman (XIVe-XVe siècles), en R. Mantran, dir., *Histoire de l'empire ottoman*, París.
- BENNASSAR, B. y L. (1989), *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid.
- BERTOMEU MASIÁ, M^a J. (2006), *Cartas de un espía de Carlos V. La correspondencia de Jerónimo Bucchia con Antonio Perrenot de Granvela*, Valencia.
- BUNES IBARRA, M.A. de (1989), *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Madrid.
- IMBER, C. (2002), *The Ottoman Empire, 1300-1650. The Structure of Power*, Londres.
- JUAN VIDAL, Y. (2001), "La defensa del reino de Mallorca en la época de Carlos V (1535-1558)", en J. Martínez Millán, coord., *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1535-1558)*, Madrid.
- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1853), *Crónica de los Barbarroja*, en *Memorial Histórico Español*, VI.
- MARTÍNEZ TORRES, J.A. (2004), *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*, Barcelona.
- MAS, A. (1967), *Les turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or. Recherchers sur l'évolution d'un thème littéraire*, 2 vols., París.
- PARDO MOLERO, J.F. (2001), *La defensa del imperio. Carlos V, Valencia y el Mediterráneo*, Madrid.
- SCHAUB, J.F. (1999), *Les juifs du roi d'Espagne*, París.
- SOLA, E. (2005), *Los que van y vienen: información y fronteras en el Mediterráneo clásico del siglo XVI*, Alcalá de Henares.
- SUÁREZ MONTAÑÉS, D. (2005), *Historia del Maestre último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja. La manera cómo gobernaron las memorables plazas de Orán y Mazalquivir, reinos de Tremecén y Ténez, en África, siendo allí capitanes generales, uno en pos del otro, como aquí se narra*, Valencia.
- VEINSTEIN, G. (1989), L'empire dans son grandeur (XVIe siècle), en R. Mantran, dir., *Histoire de l'empire ottoman*, París.
- ZAVALA, F. (1885-1886), *La bandera española en Argelia. Anales históricos de la dominación española en Argelia desde 1500 a 1791*, Argel.